



11

El evangelio de Jesucristo

Han llegado hasta nosotros cuatro versiones del evangelio de Jesús, pero ¿qué se esconde detrás de la palabra «evangelio»? ¿Cuál es su contenido? Se puede contestar que, obviamente, se trata de la predicación de Jesús, pero ¿qué predicó Jesús?, ¿de qué hablaba?, ¿adonde quería llegar realmente?, ¿cuál era su proyecto?, ¿en qué se empeñó?, ¿cuál fue su causa o su ideal? Miles de preguntas similares podrían resumirse en ésta: ¿en qué consistía su «buena noticia»?

Hemos de tener en cuenta que no es posible separar sus palabras de sus actos. Lo que él dice viene interpretado por sus hechos y a su vez sus hechos hacen patente su sentido por sus palabras. Una síntesis de la doctrina y del pensamiento de Jesús no puede limitarse a sus discursos.

Su vida toda, hechos y palabras, habremos de verla en el momento concreto en que ocurrió. El ambiente que se respiraba en los momentos de su predicación y la historia que había precedido a aquel tiempo nos ayudarán a comprender la originalidad de Jesús.

1. TIEMPO DE ESPERA Y DE ESPERANZA

Flavio Josefo nos transmite en sus escritos el clima social que él había vivido intensamente en los años siguientes a la predicación de Jesús de Nazaret. El historiador judío, basado en noticia y en experiencia directa, extiende aquel estado de ansiosa expectación, de atmósfera cargada y luchas por la liberación del yugo romano, desde el año 100 a. C. hasta más allá 112 del 100 d. C. En sus narraciones se pueden ver presuntos profetas o mesías y fenómenos extraños que se interpretan como predicciones de futuro que mantienen en continua ebullición al país trayendo como consecuencia numerosas rebeliones armadas y finalmente las guerras judaicas.

Unas cuantas frases nos daran idea de la situación:

- «Este desventurado pueblo se veía engañado por embaucadores que se declaraban falsamente enviados por Dios, mientras que por otra parte no prestaba atención ni fe a los prodigios que anunciaban la desolación que iba a venir...».

- «En la época de Fado (44-46 d. C.), administrador de Judea, un impostor llamado Teudas convenció a gran número de gentes para que tomaran sus bienes y lo siguieran hasta el Jordán. Afirmaba que él era el profeta y decía que a sus órdenes se abrirían las aguas del río y les ofrecerían un paso fácil. Diciendo esto, engañó a muchas personas».

- «En cuanto a los impostores y seductores, convencían a la gente para que los siguiera al desierto. Afirmaban que les mostrarían prodigios y signos muy claros, debidos a la providencia de Dios».

«Por esta misma época (52-60 d. C.), llegó a Jerusalén un individuo procedente de Egipto, que afirmaba ser el profeta y aconsejaba al populacho que subiera con él al monte llamado de los olivos, que se encuentra a 900 m. de distancia. En efecto, declaraba, quería hacerles ver desde allí arriba cómo iban a derrumbarse las murallas de Jerusalén por orden suya y prometía de este modo abrirles el acceso a la ciudad. Cuando Félix fue informado de todo esto, ordenó a sus soldados que tomaran las armas y, lanzándose fuera de Jerusalén con gran número de jinetes e infantes, atacó a los compañeros del egipcio, mató a 400 y capturó vivos a 200. Por lo que se refiere al egipcio, hubo del combate y no se le pudo encontrar». Noticias de Teudas y del egipcio tenemos también en el libro de los Hechos de los apóstoles (Hch 5, 36; 21, 38). Algunos de estos presuntos mesías o profetas se llamaban de nombre Jesús. Así ocurre con el hijo de Ananías (62 d. C.), que anunciaba

incesantemente la destrucción de Jerusalén, por lo cual fue azotado y tenido por loco. La interpretación de oráculos, como el que anunciaba que «uno de los vuestros se hará con el dominio del mundo», hizo que a veces se declarase como mesías a determinados jefes guerrilleros. Este fue el caso de Simón bar Kosba, que es saludado por el rabino Aqiba como «el hijo de la estrella» (Nm 24, 17-19).

Los mismos evangelios atestiguan este clima en múltiples ocasiones. Nos dicen, por ejemplo, que «como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando si Juan no sería el Cristo» (Lc3, 15). Juan el bautista pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (Mt 11, 4). Y hasta los discípulos de Jesús confiesan que «nosotros teníamos la esperanza de que éste fuera el que iba a libertar a Israel» (Lc24, 21).

Anécdotas aparte, es evidente que, cuando Jesús predica, la expectación es intensa y generalizada.

2. EL MESIAS ESPERADO

Todos esperaban que esta situación de dominio extranjero, de injusticia social y de formalismo religioso acabaría en la llegada de un personaje al que se le daba el nombre de mesías.

Mesías es una palabra hebrea que equivale a la griega Cristo. Ambas significan ungido, es decir, aquel sobre cuya cabeza se ha derramado aceite con un significado concreto.

No nos debe despistar el uso de algunas palabras que significan lo mismo. Según la biblia, Dios suele elegir a una persona para enviarla a cumplir una misión especial y la designa, en consecuencia, como su siervo. A esta persona, a veces, se le unge la cabeza con aceite como signo de esa elección. De ahí podemos deducir que los términos elegido, enviado, siervo de Dios y ungido son generalmente intercambiables. Esto da lugar a que se llame ungido a un hombre elegido por Dios, pero sobre cuya cabeza no se ha vertido materialmente aceite.

En un principio, la palabra mesías equivalía a rey, puesto que al elegir a alguien para este

cargo se le ungía. El mesías era entonces el rey del momento (Saúl o David). Luego se designará con esta palabra a un miembro de la dinastía de David, y finalmente se la reservará para indicar el rey ideal que «ha de venir», a quien se le dará el título de hijo de David o de hijo de Dios. El origen de la equivalencia entre estos dos calificativos lo podemos encontrar en la promesa que Dios hace a David a través del profeta Natán: «Afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de tu realeza. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 Sm 7, 12-16).



La esperanza de la salvación se pone en la dinastía de David: un rey, hijo de David, a quien se le puede llamar «hijo de Dios», porque Dios mismo lo dijo así; será el salvador. Cuando deje de haber reyes y el sumo sacerdote haga el oficio de presidente del gobierno, también a él se le ungirá. En tiempos de Jesús, todos esperaban un mesías- rey, aunque con distintos acentos según los intereses de cada grupo. Las masas populares ansiaban un liberador político-social; los fariseos, a alguien que restaurara el cumplimiento de la ley; los zelotes, a un caudillo revolucionario, y los esenios habían dividido los papeles: esperaban a dos mesías, el de Israel, que se ocuparía de la



liberación política y el de Aarón, que llevaría a cabo la purificación religiosa.

Nadie esperaba un mesías humilde, y mucho menos una presencia real de Dios en la historia concreta de los hombres.

3. JESUS, UN MESIAS DISTINTO AL ESPERADO

Frente al triunfante y espectacular mesías, que con la fuerza exterior de su poder libertaría a Israel e incluso extendería su reino sobre los romanos y otros imperios, frente al mesías justiciero, que purificaría el culto y el templo de la corrupción reinante, se presenta Jesús, y lo hace renunciando a todo uso de la fuerza, entendida ésta no sólo como violencia física o militar, sino también como ostentación apabullante de la omnipotencia de Dios que con sus milagros obligue a todos a creer.

Jesús pretende que la fuerza necesaria para la liberación, la purificación o la justicia salga libremente desde el mismo corazón del hombre solidario. Pero no por esto es un mesías decorativo: no negocia acuerdos, ni se sirve de los cauces del poder establecido, ni convierte las piedras en panes, ni se pasa la vida obrando prodigios alucinantes, ni se inclina para adorar a los poderosos. Las tentaciones a su mesianismo son superadas por Jesús en cada momento de su vida. Jesús no alimenta el nacionalismo judío, no promueve una rebelión contra los romanos, ni se propone restaurar la monarquía de David. En estos puntos Cristo decepciona a todos.

Presenta un cambio de situación que se lleva a cabo desde la conversión interior de la persona, y a partir de ahí produce frutos externos y palpables, del mismo modo que los árboles buenos producen frutos buenos. Presenta un reino lento, frágil y débil en principio, pero que, como la mostaza, que de simiente pequeña se convierte en gran arbusto, o como un poco de levadura, que hace fermentar mucha masa, cosechará abundantemente y su éxito será grande e imparable.

¿FUE JESUS UN REBELDE POLITICO?

Ya en 1774, H.S. Reimarus presentó a Jesús como un revolucionario. También K. Kautskv (1908) y R. Eisler (1929) lo entienden como un rebelde antirromano cuyo levantamiento fracasó, siendo posteriormente ejecutado. Más recientemente, en 1963, el escritor norteamericano J. Carmichael, en su obra *vida y muerte de Jesús de Nazaret*, intenta demostrar que Jesús sólo se consideró heraldo de una inminente transformación material del mundo (reino de Dios), que su mensaje estaba dirigido a los judíos de su tiempo y a nadie más, y que, ante el fracaso de la aparición del reino de Dios, se embarcó en una empresa completamente diferente que lo condujo a su muerte violenta. Poco tiempo después, el inglés S. C. F. Brandon, en *Jesús y los zelotes* (1967), mantiene la tesis de que si bien probablemente Jesús no fue un líder zelote, sí que perteneció al movimiento de resistencia contra Roma. Como la imagen de un Jesús revolucionario socio-político está en contradicción con casi toda la tradición evangélica, el autor se funda en la hipótesis de que los evangelistas han falsificado la imagen de Jesús ocultando su carácter revolucionario y presentándolo como pacifista para lograr su convivencia en el imperio. Hipótesis, imaginación extrapolaciones son abundantes en todos estos autores. Los puntos principales de apoyo suelen ser los siguientes: la entrada triunfal en Jerusalén, que habría sido una invitación al levantamiento general (la frase «¡Hosanna en las alturas!» [Mc11, 10] debe traducirse: «¡Sálvanos de los romanos!»); la purificación del templo, que queda convertida en un ataque de Jesús sus seguidores con probable derramamiento de sangre; la frase «vender el manto para comprar espada» (Lc22, 36), que indicaría los preparativos para una rebelión; lo sucedido en Getsemaní, que evidenciaría una resistencia armada y, desde luego, su condena como agitador y su muerte en cruz en medio de dos zelotes.



Aunque hay indicios de que en el grupo de Jesús había cuando menos simpatizantes del movimiento zelote, como lo puede ser el que Simón se apodó «el zelote» (Lc6, 15), el que Judas Iscariote tenga este nombre por corrupción de la palabra «sicario», o el que Pedro bar Joña deba ser traducido por el «terrorista», no se manifiesta base suficiente y sería para afirmar que Jesús fue un revolucionario. Desde luego, todo el Nuevo Testamento está en contra de ello.

Por debajo de todos los géneros literarios, asume los anhelos más profundos de la humanidad. El hombre inacabado e insatisfecho de todos los tiempos y culturas podrá llegar a su realización total, saciará su sed.

4. EL MENSAJE DE JESUS

El Jesús histórico no predicó sistemáticamente sobre sí mismo ni se anunció como hijo de Dios, mesías o Dios. Los títulos que los evangelios le atribuyen son, en su gran mayoría, expresiones de la fe de la comunidad primitiva. Tampoco el tema central de su predicación fue la iglesia, ni siquiera Dios, sino que en concreto sus palabras fueron dirigidas a proclamar «el reino de Dios».

Ya sabemos que la expresión «reino de Dios» es equivalente a la de «reino de los cielos». Los judíos, por respeto hacia el nombre divino, usaban rodeos para evitar pronunciarlo.

Pero ¿qué contenido da Jesús a las palabras «reino de Dios»? ¿Qué quería decir cuando hablaba de esto? Contestar a ello es resumir el núcleo del mensaje de Jesús.

De acuerdo con la mentalidad semita, ni él ni siquiera los escritores del Nuevo Testamento nos dan una definición explícita y precisa del «reino de Dios», pero sí nos ofrecen abundantes características de esta nueva realidad. Será necesario, como quien construye un puzzle, colocarlas cada una en su sitio para tener una visión descriptiva de lo que el reino es. Jesús expresa la buena noticia de la llegada del reino de forma poética y a veces con el lenguaje mítico propio de su tiempo, porque la realidad

del reino, la felicidad plena, no ha sido experimentada directamente por nadie ni se puede describir con términos precisos o científicos. Será necesario traducir el mensaje de la situación de entonces, de aquella concepción de la realidad, de aquella imagen mítica del mundo, a una concepción moderna de la realidad. No hay que eliminar el mito, sino interpretarlo. No hemos de confundir el modo de hablar con el mensaje que se quiere transmitir.

El reino no es un territorio, ni una institución concreta (ni siquiera la iglesia), ni un partido político, ni liberación alguna intrahistórica concreta; no es una teocracia. Jesús se niega a que lo proclamen rey como los de este mundo. Tendríamos que hablar mejor de reinado, de soberanía, de gobernación de Dios.

El reino de Dios no es un dominio implantado a la fuerza por Dios en base a su omnipotencia, sino que exige la aceptación y la participación de los hombres. El protagonismo de Dios no invalida las luchas históricas que los hombres llevan a cabo por mejorar el mundo. No sólo no las invalida, sino que las potencia. No se trata de resignación y paciencia.

No es, por tanto, un reino como los que acostumbramos a conocer en la tierra, pero tampoco es una realidad del otro mundo situada más allá de la muerte, como el cielo. Comienza ya aquí, aunque su final y plenitud se den más allá de la historia. No es por tanto exclusivamente futuro. El reino ya está iniciado, pero no ha llegado a su plenitud todavía. La salvación termina más allá, pero se inicia de diversas formas en el aquí y ahora. Jesús no quiso impartir enseñanza sobre el fin, sino hacer una llamada para el presente a la vista del fin.

No es sólo espiritual, de tal modo que se ciña en exclusiva al interior de la persona, sino que afecta a toda la realidad; todo tiene que ser cambiado: el interior del hombre, sus acciones, su sociedad, sus relaciones, pero también el cosmos entero. Cuando Dios gobierna el corazón de los hombres, su reinado se manifiesta a través de las obras de éstos. Jesús recalca machaconamente la necesidad de que los frutos externos y comprobables manifiesten



la soberanía de Dios en el corazón del hombre. El reino es un nuevo orden de cosas, un mundo nuevo en contraposición a éste en que vivimos, en el que el hombre acepte libremente que se cumpla la voluntad de Dios. La totalidad de lo real debe ser transformada. La voluntad del Dios de Jesús no se cumple en ritos u obligaciones raras, incomprensibles y aburridas, sino en la superación de todas las alienaciones humanas, de todo mal físico o espiritual, del pecado, del odio, de la desunión, del dolor de la muerte. Comporta la eliminación del pecado en sus dos vertientes: la limitación del hombre su comportamiento cerrado e insolidario. En frase tal vez inexacta: Dios se hace hombre para que los hombres encuentren el camino de llegar a ser dioses, es decir, plenamente felices.

Esta utopía comienza a convertirse en realidad en la persona misma de Jesucristo que acepta basta la muerte la voluntad del Padre y vive una vida de significativa solidaridad con los hermanos, finalizando la limitación humana en su resurrección. El es el primer nacido de entre los muertos. El reino está iniciado, pero no terminado. La levadura nueva de Jesús debe hacer fermentar el mundo viejo que necesita cambiar de estructuras, como el vino nuevo es necesario ponerlo en odres nuevos. No comporta sólo la eliminación del pecado, sino de todo lo que el pecado significa y lleva consigo.

La plenitud de este reino no llega por evolución social (espiritual o técnica), ni por revolución social (de derechas o izquierdas). Su cumplimiento final viene por la acción de Dios. El es el sembrador cuya simiente produce el ciento por uno cuando las buenas cosechas rinden el diez y las normales el siete. Pero esto no excluye la acción del hombre en el ámbito individual y social mientras camina en la historia.

La causa de Jesús es la causa de Dios en el mundo. El interés de Jesús se centra en el hombre al centrarse totalmente en Dios. La causa de Dios es la causa del hombre, la voluntad de Dios es el bien del hombre. No se puede estar a favor del Dios de Jesús y contra el

hombre; y de esto hay que sacar consecuencias prácticas aquí y ahora.

Feuerbach, Marx y Freud afirmarían que esto es sólo una proyección psicológica de los deseos incumplidos de los hombres, pero estas opiniones distan mucho de ser demostrables. Se necesita también fe para creer en ellas.

El reino no es, por tanto, la actuación constante de Dios en la creación, como lo entendían los jerarcas saduceos, ni la teocracia o democracia religiosa de los zelotes, ni la eliminación como castigo- venganza de todos los malos, según pensaban los esenios, ni el simple aceptar que Dios reina cuando se cumple la ley, como defendían los fariseos. El reino cumple las aspiraciones del hombre de todos los tiempos y situaciones en su más honda verdad.

5. EL DIOS DE JESUS

El Dios de Jesús es cercano y solidario con el hombre como un buen padre. Es éste un rasgo esencial que lo diferencia del, un tanto egoísta, dios de las religiones. El da el primer paso poniéndose al servicio del hombre.

La palabra aramea «abba», que en ocasiones cita sin traducir el Nuevo Testamento, la usaba Jesús para referirse a Dios. El término significa «papá». Lo mismo que el Antiguo Testamento, el judaísmo palestinese de los tiempos anteriores a Jesús se resistía mucho a dirigirse a Dios como padre. Las veces que lo hace es para recalcar la obligación de obedecerle. Jesús, sin embargo, se dirigía a Dios como a «mi padre». Ni un solo ejemplo de esto encontramos en el judaísmo. La palabra era usada fundamentalmente por los niños para llamar a su padre. Queda clara la especialísima relación de Dios con Jesús. El nos enseñará a llamarlo también nosotros así, y hacerlo de verdad será estar ya dentro del reino.

BIBLIOGRAFIA

- Equipo «Facultad de Lyon», *Flavio Josefo*. Verbo Divino, Estella 1982, 46-49.
Equipo «Eucaristía», *Jesucristo*. Verbo Divino, Estella 1977, 202-205.



- J. I. González Faus, *La teología de cada día*. Sígueme, Salamanca 1976, 27-61.
- L. Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre*. Cristiandad, Madrid 1981, 83-94.
- H. Küng, *Ser cristiano*. Cristiandad, Madrid 1977, 268-283.
- J. Jeremías, *El mensaje central del Nuevo Testamento*. Sígueme, Salamanca 1966, 1-37.
- W. Kasper, *es«5, el Cristo*. Sígueme, Salamanca 1984, 77-107.
- J. A. Pagóla, *Jesús de Nazaret*. Idatz, San Sebastián 1981, 213-235.
- V. Pulle, *Gonzales, llamado el Jesús*. Herder, Barcelona 1977, c. 16 y 18.
- J. I. González Faus, *Acceso a Jesús*. Sígueme, Salamanca 1979.
- O. Cullmann, *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*. Herder, Barcelona 1973.

AUDIOVISUALES

En busca de Jesucristo. Tres Medios, 81 diapositivas.

ACTIVIDADES

A. Comprobar en un diccionario ideológico de la lengua española las diversas acepciones de las palabras «reino» y «reinado».

En cinco líneas, describe lo que a ti te parece que es el mensaje de Jesucristo o en qué consiste ser cristiano.

Cinco países europeos que sean presididos actualmente por un rey.

B. ¿Por qué no pueden separarse las palabras de Jesús de sus hechos? ¿Qué ambiente político, social y religioso había en Palestina en tiempo de Jesús? Significados y términos equivalentes de la palabra «mesías». ¿Qué tipos de mesías se esperaban en aquel tiempo? ¿En qué se distingue el mesías esperado de la postura que tomó Jesús? ¿Cuál fue el tema y el eslogan concreto de la predicación de Jesús? Dar cinco características del reino formuladas en negativo (no es) y cinco en positivo (el reino es). ¿En qué se distingue el dios que presenta Jesús del dios que presentan las religiones?

C. Escribir un texto paralelo, con las ideas de cada uno, al incluido en el apartado D de la reflexión de fe.

Cuadro a dos columnas sobre las características del reino. Las formuladas en negativo en una columna y las afirmaciones positivas en la otra paralela.

D. Temas para trabajos o diálogos-debate, previa información:

Reino de Dios en la tierra, reino de Dios en el cielo.

La frase de Pascal: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob; no el de los filósofos o el de los sabios».

Anotar las semejanzas de una caravana de película del oeste con la vida del hombre.

Diferenciar mientras se comenta: la causa de Dios, la causa de la iglesia, la causa del partido, la causa del hombre. Precisar primero el significado de 'causa' en esta ocasión, consultando un diccionario ideológico.

Buscar información sobre: la piedra filosofal, el vellocino de oro, el dorado, la quimera del oro, el paraíso terrestre.

Escuchar una pequeña exposición sobre: la ciudad de Dios de san Agustín, la teocracia ginebrina de Calvino, los apocalípticos de Thomas Münzer, el mito de Sísifo, el mito de Prometeo.

E. Divididos por equipos, cada grupo elabora independientemente las preguntas de una encuesta para averiguar cuáles son las características del profesor ideal. Lo mismo las del amigo ideal.

F.

G. Aprender a decir, por medio del alfabeto usado por los mudos, la frase «reino de Dios».

Escribirlo en alfabeto braille usado por los ciegos.

Poner la frase en francés, inglés y alemán.

PARA LA REFLEXION DE FE

A. Comentar si lo que en el fondo anhela cada uno para ser completamente feliz lo podría hallar en la tierra. Exponer datos o casos que



expresen una religión alienante que trata de huir de este mundo y predica resignación y paciencia. Ver cómo se puede abusar de la religión para fines políticos partidistas y qué repercusiones deberá tener la fe en Jesús en el campo político de «hacer posible lo necesario».

Diálogo sobre las aspiraciones más hondas del hombre: felicidad, alegría, paz interior, bienestar, justicia, etc.

B. Después de leído el tema, especialmente el punto sobre el mensaje de Jesús, examinar si nuestras vidas lo aceptan así o lo distorsionan espiritualizándolo en exceso o materializándolo de forma que se reduzca a una salvación en este mundo.

C. A la luz de la palabra

Mt 5, 20: Mayor justicia que los fariseos.

Mt 13, 31-33: Germenfermento de todo.

Mt 21, 31-32: Los que parecían cercanos resultaron estar lejos.

Mt 18, 1-4: El mayor en el reino.

Mt 19, 23-26: Dificultades de la riqueza.

Mt 25, 31-46: El servicio como camino a la plenitud humana.

Hch 14, 21-23: Sufrir por el reino.

D. Contrastar nuestro credo personal y de grupo con el siguiente. Resaltar las trases que más impacto nos han causado. Según las conclusiones, qué debemos corregir qué compromiso concreto (reforzarlo o iniciarlo) nos llama Dios por medio de lo que vamos entendiendo y captando.

No creo en el Dios de los magistrados, ni en el Dios de los generales o de las oraciones patrióticas.

No creo en el Dios de los himnos fúnebres, ni en el Dios de las salas de audiencia o de los epílogos de las constituciones y de los discursos elocuentes.

No creo en el Dios de la suerte de los ricos, ni en el Dios del medro de los opulentos o de la alegría de los que roban al pueblo.

No creo en el Dios de la paz mentirosa, ni en el Dios de la injusticia popular

o de las venerables tradiciones nacionales. No creo en el Dios de los sermones vacíos, ni en el Dios de las fórmulas protocolarias o de los matrimonios sin amor.

No creo en el Dios hecho

a imagen y semejanza de los poderosos, ni en el Dios inventado como sedante de las miserias y sufrimientos de los pobres.

No creo en el Dios que duerme en las paredes o se esconde en el cofre de las iglesias.

No creo en el Dios de los notables comerciantes ni en el Dios de las propagandas llenas de colorido.

No creo en este Dios hecho de mentiras tan frágiles como el barro, ni en el Dios del orden establecido sobre el desorden consentido.

El Dios de mi fe nació en una gruta; era judío; fue perseguido por un rey extranjero y caminaba errante por Palestina. Se hacía acompañar por gente del pueblo; daba pan a los que tenían hambre, luz a los que vivían en las tinieblas, libertad a los que suplicaban justicia y se veían acorralados...

El Dios de mi fe coloca al hombre por encima de la ley

y el amor en lugar de las viejas tradiciones.

No tenía ni una piedra donde recostar su cabeza y se confundía con los pobres.

Sólo conoció a los doctores cuando éstos dudaban de su palabra.

Vivía con jueces que trataban de condenarlo.

Fue visto entre la policía, preso.

Pisó el palacio del gobernador para ser apaleado.

El Dios de mi fe traía una corona de espinas. Vestía una túnica toda tejida de sangre, marchaba tras los flageladores que le iban abriendo el camino del calvario, donde murió, entre ladrones, en la cruz.

El Dios de mi fe no es otro sino el hijo de María. Jesús de Nazaret.

Todos los días muere crucificado por nuestro egoísmo, todos los días resucita por la fuerza de nuestro amor.